

aspecto exterior: miserablemente vestido, los pies descalzos, y caídos hasta los hombros los largos cabellos rojos y enmarañados, andaba el profeta de una á otra parte; su cuerpo era fornido, pero demacrado por los ayunos; el rostro pálido y surcado de arrugas; los ojos de un amarillo verdoso, marchitos por las lágrimas y las vigiliás, y sus movimientos groseros y pesados. Mientras predicaba tenía en su mano derecha un crucifijo y en la izquierda una calavera (1). Unos le miraban como á un loco; á los ojos de otros era un profeta y un santo; y el pueblo común contaba muchas cosas acerca de sus duros ejercicios de penitencia, de sus frecuentes peregrinaciones á Santiago de Compostela, y hasta de milagros que habría ejecutado (2). En Sena había predicado en la catedral, y ahora anunciaba con clamores y lamentos, la caída de la Ciudad Eterna, la cierta ruina de los sacerdotes y de todos los habitantes, así como la renovación de la Iglesia (3).

La víspera de la Pascua de 1527, dirigióse Brandano desde Campo di Fiore hacia el castillo de Sant'Ángelo, y clamó en alta voz, como otro segundo Jonás: «¡Roma, haz penitencia, pues se hará contigo como con Sodoma y Gomorra!» Después hablaba en voz baja consigo mismo: «Ha despojado á la Madre de Dios para ataviar á su cortesana, ó mejor, á su amiga». Con ocasión de estas injuriosas declamaciones, el Papa puso término á las predicaciones de Brandano, mandándole encerrar (4); pero, puesto poco después en libertad, comenzó de nuevo el ermitaño su agitación, la cual le atrajo un segundo encarcelamiento (5).

La ruina que vaticinaba el profeta, se iba llegando cada día más cerca, como una maldición.

A pesar del convenio con los florentinos, el ejército de Borbón continuó su marcha; con extraordinarias fatigas logró doblar la cumbre de los Apeninos arrastrando á brazo, por medio de

(1) L. Guicciardini en Milanesi, 177.

(2) *Vita, loc. cit.

(3) L. Guicciardini en Milanesi, 178; cf. 330 y Bernino, IV, 368.

(4) Esto lo refiere Lanceolino, como testigo de oídas, en la relación citada abajo p. 321, not. 1; v. Schulz, 66; cf. 44, 47, 51, 54, 69. V. además L. Guicciardini en Milanesi, 178, y Cave, 391.

(5) Guicciardini, loc. cit. Döllinger en el *Histor. Taschenb.*, 1871, 291. Una profecía fijada entonces públicamente en Roma, la cual trae Reissner, fué puesta en boca del profeta de Sena, según sospecha Gregorovius VIII^o, 512.

sogas, las ocho piezas de artillería de campaña (1). A 18 de Abril, las tropas, medio muertas de hambre, llegaron á Santa María in Bagno, situada en la parte Sud de los montes; el 20 de Abril acampó Borbón en Pieve di San Estéfano, en el valle superior del Tíber, donde se encontró con Lannoy. Éste había salido de Florencia á 15 de Abril, y el 19 del mismo mes se había visto atacado por los habitantes de Santa Sofía y obligado á refugiarse en la abadía camaldulense de Santa María in Cosmedin. Dos días después se trasladó súbitamente al campamento de los imperiales; pero pronto se descubrió que él y Borbón trataban de engañar á los florentinos; por lo cual tomaron éstos enérgicas precauciones para la defensa de su ciudad (2).

El que Borbón hiciera subir entonces sus exigencias hasta la suma de 240,000 ducados (3) depende evidentemente de que sabía hallarse sus enemigos desarmados. Su ejército estaba en tales circunstancias, que la necesidad le forzaba á marchar hacia adelante; sólo la esperanza de saquear á Florencia contenía todavía á los soldados (4). Borbón avanzó, pues, tanto más alegremente, cuanto sabía que esto respondía también á los deseos del Emperador, á quien importaba sobre todas cosas obtener dinero para pagar á sus tropas, y forzar al Papa á otorgarle un tratado lo más favorable posible (5).

Clemente VII estaba en extremo irritado por la falta de observancia de la tregua; reunir 240,000 ducados, exclamaba Giberti, es tan imposible como juntar el cielo con la tierra. Pero Borbón respondió á esto, haciendo subir sus exigencias á 300,000 ducados (6).

Entretanto las tropas pontificias y venecianas, al mando del

(1) Cf. la carta de K. Schwegler, en que se halla en *Hormayrs Archiv*, 1812, 448.

(2) La narración del texto está conforme á las investigaciones de Marzi, expuestas en el escrito especial, citado arriba p. 305, not. 2. Clemente VII no conoció todavía el 27 de Abril de 1527, que Lannoy sólo pretendía engañar; porque en este día envió á Lannoy un *breve, en el cual se compadecía del gran peligro en que estaba, y le anunciaba que iba á comisionar un delegado. *Min. brev. 1527, IV, vol. 17, n. 182 del *Archivo secreto pontificio*.

(3) Grethen, 164. Schulz, 96.

(4) Cf. la notable carta cifrada de Borbón á de Leyva, fechada en S. Pietro in Bagno, á 19 de Abril de 1527, que se halla en Sanuto XLIV, 570-571.

(5) Bucholtz, III, 58 s., 66 s.; Barthold, 410 s.; Gregorovius, VIII^o, 504; de Leva, II, 419 s.

(6) Grethen, 165.

duque de Urbino, el marqués de Saluzzo y Guicciardini, habían ocupado la fuerte Florencia, de manera que Borbón, atendiendo al cansancio y desnudez de sus soldados, tuvo que renunciar á un ataque. Con rápida decisión retiró sus tropas, que se derramaban ya por el valle del Arno, se desembarazó de sus últimas piezas de artillería, y emprendió á 26 de Abril el camino de Roma (1).

No sólo el apuro presente y la persuasión de que hallarían en Roma pequeña resistencia, sino también la ambición de alcanzar el gobierno general de toda Italia (2), empujaba á Borbón á avanzar hacia la Ciudad Eterna. Sus soldados, ávidos del saqueo de Florencia, hicieron en los primeros momentos semblante de rebelarse; pero logró apaciguarlos con la perspectiva de Roma, donde «los haría ricos á todos.» Con furiosa celeridad adelantó el ejército hasta Montepulciano y Montefiascone, y no fueron capaces de detener á los imperiales, á quienes se agregaban en el camino aventureros codiciosos de botín, ni las operaciones lentas del ejército de la Liga, ni las lluvias, extraordinariamente copiosas, ni la sensible falta de vituallas. A 2 de Mayo habían llegado ya á Viterbo (3).

Clemente VII, que hasta entonces había cerrado los ojos casi de propósito para no ver el peligro, reconoció finalmente que el duque de Borbón le había burlado, y que sólo una lucha desesperada podía procurarle todavía la salvación. A 25 de Abril volvió á adherirse á la Liga (4); envió á pedir urgentemente socorro al duque de Urbino (5), y nombró á Juan Antonio Orsini, capitán general de la caballería pontificia nuevamente alistada (6). Renzo da Ceri recibió el encargo de poner á Roma en estado de defensa; pero para esto faltaba, sin embargo, lo más necesario: el dinero. Inútilmente requirió el Papa á los habitantes ricos de Roma á

(1) Cf. Barthold, 421 s.; Schulz, 98. En Florencia fué reprimida, en 26 de Abril, una sublevación republicana para derribar del poder á los Médicis. La ciudad se juntó después á la Liga por un mes; v. Pitti, I, 135 s.; Segni, *Storie fiorent.* 4; Cipolla, 916 s.; Perrens, III, 125 ss.

(2) V. la carta de los Otto di Pratica á R. Acciaiuoli, de 25 de Abril de 1527, publicada en la *Riv. storica*, 1893, 612, nota. Cf. Vettori, 375; Schulz, 92 s.

(3) Sanuto XLV, 231 s. Barthold, 425. Schulz, 99 s.

(4) Sanuto XLIV, 551 s., 573 s. Grethen, 167; de Leva, II 422. Lebey 417.

(5) Cf. los *breves al duque de Urbino, fechados en Roma, á 22 y 30 de Abril de 1527, existentes en el *Archivo público de Florencia*, Urb. eccl.

(6) *Breve al mismo de 30 de Abril de 1527. Min. brev. 1527, IV, vol. 17, n. 183, del *Archivo secreto pontificio*.

contribuir con donativos voluntarios: la avaricia y la ceguedad eran tan grandes, que el mismo Domenico Massimi, el hombre más opulento de Roma, ¡no le ofreció en préstamo sino 100 ducados! (1).

De todas partes aconsejaban al Papa que se proporcionara los medios necesarios para la defensa vendiendo capelos cardenalicios; pero, sin embargo, Clemente se negó todavía entonces rotundamente á dar semejante paso; mas habiendo llegado á 3 de Mayo la noticia de que Borbón se hallaba ya á la parte de acá de Viterbo, tuvo, no obstante, que resolverse á tomar aquella odiosa medida; pero era ya demasiado tarde para poder cobrar el dinero de los nombrados, que fueron Benedetto Accolti, Nicolao Gaddi, Agustín Spínola, Hércules Gonzaga, Marino Grimani y el Canciller francés Du Prat (2). El Papa no pudo determinarse á huir á Civitavecchia, y de una manera totalmente contraria á su índole natural, manifestó entonces una seguridad verdaderamente incomprensible (3). Todavía á 3 de Mayo paseó á caballo por la Ciudad, para infundir alientos á sus habitantes, que estaban decididos á defenderse hasta el último extremo. El 4 de Mayo pronunció el Papa la excomunión mayor contra el duque de Borbón (4).

(1) Guicciardini, XVIII, 3.

(2) Sobre la creación de cardenales del 3 de Mayo, v., además de Ciacconius III, 477 s.; Novaes IV, 80 s.; Ehses, *Dokumente* 249; Catalanus, *Capranica* 303 (en vez de Martii lee Maji); de Leva II, 427 y Grethen, 168-169, v. también los escritos siguientes: 1) las *cartas de G. de' Médici de 26, 27, 28 de Abril y 4 de Mayo, que se hallan en el *Archivo público de Florencia*; 2) la *carta de F. Gonzaga de 27 de Abril, existente en el *Archivo Gonzaga de Mantua*. Las diligencias para alcanzar el cardenalato para Hércules Gonzaga, ya empezaron en tiempo de León X (cf. *Delle esenzioni* 45 s.) y se renovaron luego en los primeros días del gobierno de Clemente VII. Ya en 19 de Noviembre de 1523, escribe el *cardenal Gonzaga á la marquesa Isabel acerca de esto. El marqués de Mantua exhorta á B. Castiglione á activar este negocio, en una *carta de 22 de Enero de 1524. En 6 de Febrero expresa el marqués su gozo por la respuesta favorable del Papa, y pide que prosiga dando calor al negocio. En una *carta, fechada en Bolonia á 12 de Febrero de 1524, Hércules da gracias al marqués de Mantua por las diligencias hechas por mediación de B. Castiglione, para alcanzar el capelo cardenalicio. El mismo día escribe el marqués á Castiglione, dé las gracias al Papa por su certa promessa, de dar el capelo á Hércules al primer nombramiento. De todas estas *cartas hay copias en la *Biblioteca de Mantua*. En 1526 Capino diligenció el nombramiento de Hércules; v. Lett. d. princ. 11, 103^b.

(3) Spogliatosi della natura sua, dice Guicciardini XVIII, 3.

(4) V. Cave, 407 ss.; Gregorovius VIII^a 506 y Barthold 430.

De que Clemente VII menospreciara tan completamente el peligro, fué causa principal la confianza que había puesto en Renzo da Ceri, el cual salía al paso con la mayor seguridad á todos los temores (1), y declaraba que los 4,000 hombres por él alistados, bastaban enteramente para defender una Ciudad tan fuerte como la de Roma, contra un ejército tan indisciplinado y muerto de hambre como el de Borbón; y hasta llegó su arrogancia á creer que podría mantenerse en la Ciudad propiamente dicha aun cuando los enemigos lograran apoderarse de la parte de ella situada en la ribera derecha del Tiber; por lo cual se negó también á romper los puentes. Cuánta confianza tuviera Renzo en las tropas que había reunido á toda prisa, formándolas de mozos de cuadra, obreros y otras gentes del pueblo, inexpertas en la guerra, lo muestra principalmente el haber hecho que Giberti indicara á 4 de Mayo á Guido Rangoni, el cual venía con más de 8,000 hombres del ejército de la Liga: que Roma se hallaba tan perfectamente segura, que bastaría les enviara un refuerzo de 600 á 800 mosqueteros, y el resto de las tropas debía irse á agregar al ejército de la Liga, porque ¿podría ser allí de más provecho que en Roma! (2).

A un heraldo de Borbón, que exigió al Papa el pago de los 300,000 ducados, no se le dió respuesta ninguna; Clemente VII pudo observar desde el Vaticano la llegada del ejército enemigo á los prados neronianos; pero ni aun entonces temió cosa alguna grave, en especial por cuanto los imperiales carecían totalmente de artillería. Por otra parte se esperaba también por horas la llegada del ejército de la Liga (3).

(1) Cuán grandes fuesen éstos en muchos, consta por la *carta de V. Albergarti de 21 de Abril de 1527, que se halla en el *Archivo público de Bolonia*.

(2) Guicciardini XVIII, 3. Cf. Sanuto XLV, 144. Sobre los tumultuarios preparativos para la defensa de Roma, además de las fuentes utilizadas por Gregorovius VIII³, 509 s., cf. Cave, 392-394; L. Guicciardini en Milanesi, 173 ss.; M. Cresci, *Storia d'Italia (*Biblioteca Laurenciana de Florencia*, cod. Asburnh, 633) y los **despachos de G. de' Médici de 26 y 27 de Abril y 4 de Mayo de 1527 (*Archivo público de Florencia*), como también las *relaciones de F. Gonzaga de 25 y 28 de Abril de 1527, que se hallan en el *Archivo Gonzaga de Mantua*. Según una relación de Canossa á Francisco I, fechada en Venecia á 16 de Mayo de 1527 (publicada por Cipolla per le nozze Pellegrini-Canossa, Padova, 1880), no si trovarono (in Roma) più che 3 m. fanti forestieri e quelli assai tristi per essere fatti tumultuariamente. Cf. los datos discrepantes de otros hombres fidedignos, reunidos por Cipolla, loc. cit., 21-22.

(3) Sanuto XLV, 233. Cf. la carta á Carlos V, publicada por Milanesi, Sacco, 500.

Clemente VII se confirmó todavía más en su engaño acerca de la situación de las cosas, cuando Horacio Baglione logró dispersar en el Ponte Molle una tropa de lansquenets. El embajador de Mantua que refiere esto, á 5 de Mayo, añade: «El Papa tiene excelente ánimo» (1); pero en la Ciudad, luego á 4 de Mayo se había producido un pánico tal, que no parecía sino que los enemigos estaban ya dentro de los muros (2). Miles de personas procuraban poner en seguridad sus haciendas, ocultándolas en escondrijos, y á pesar de la prohibición, emprendían muchos la fuga (3).

Entretanto el ejército imperial, rodeando la ciudad leonina, se había adelantado hasta el monte Janículo, y el cuerpo principal acampaba en las viñas detrás de la iglesia de San Pedro (4). En el monasterio de San Onofre, donde había establecido Borbón su cuartel general, el consejo de guerra decidió proceder al asalto de la ciudad leonina, sin más dilaciones, en las primeras horas de la mañana siguiente. La situación era desesperada; desprovistos de las cosas más necesarias, en un terreno desierto é infructuoso, amenazados á sus espaldas por un ejército enemigo, no tenían ante sus ojos sino una posibilidad de salvarse: el asalto de Romá, cuyos muros sabían no estar defendidos sino por un corto número de soldados hábiles (5). ¡Vencer ó morir! era el santo y seña de Borbón (6). Los soldados, ávidos de botín, medían con sus codiciosas miradas el precio de la victoria y el término de tan inauditas fatigas, que estaba finalmente ante sus ojos; y el sol, al ocultarse en el ocaso, iluminaba por última vez la gloria esplendorosa de la Roma del Renacimiento, la más hermosa y rica de todas las ciudades que entonces había en el mundo.

(1) V. en el apéndice, núm. 113, la *relación cifrada de F. Gonzaga, de 5 de Mayo de 1527. *Archivo Gonzaga de Mantua*.

(2) V. la **relación de G. de' Médici de 4 de Mayo de 1527, existente en el *Archivo público de Florencia*. Cf. la autobiografía de Rafael de Montelupo, 427.

(3) Cf. Lett. d. princ. I, 110 y Sanuto XLV, 73, 131. V. también Arch. stor. Ital. 5. Serie XIV, 57.

(4) V. la relación de Lannoy, publicada por Lanz, I, 705.

(5) Hessendo noi conduti in loco angusto e carestioso et havendo dinanzi un Tevere et una Roma, escribe Sigismondo dalla Torre, et intendendo che drieto ne cavalchava un grosso exercito, si pensò esser necessario tentar la fortuna, al che ci faceva più arditi il saper che in Roma non era gran provisione di buona gente pagata. Sanuto XLV, 232.

(6) Cf. Guicciardini, XVIII, 3.